



El campo de la literatura infantil y juvenil colombiana 2011-2020: un juego de relaciones

BEATRIZ HELENA ROBLEDO B.

Ilustraciones: Alefes Silva

A bordar la producción de la literatura para niños y jóvenes en nuestro país durante diez años (2011-2020) exige una mirada que va más allá de las obras mismas. Un corpus literario de toda una década está necesariamente imbricado en el contexto social y cultural en el que circulan las obras. Autores, editores, mediadores, librerías, estímulos, lectores, escuelas, bibliotecas, políticas públicas, son todos actores que influyen de una u otra manera en las tendencias y en la calidad de esta producción.

En palabras de Altamirano y Sarlo (1980), quienes a su vez retoman conceptos del francés Pierre Bourdieu, daremos una mirada al *campo literario* entendiendo por este “un sistema de relaciones que incluye obras, instituciones y un conjunto de agentes intelectuales (desde el escritor al editor, desde el artista al crítico, etc.)” (p. 9).

Así mismo, agregan que

La conformación de una tradición selectiva que incluye todas las obras legibles en un determinado momento histórico, para un sector en especial o para la sociedad en su conjunto, es resultado de la operación de fuerzas institucionales cuya actividad define el gusto y, en consecuencia, influye sobre lo que debe publicarse, sobre la jerarquía de los autores y de los géneros y sobre las modalidades del consumo. (Altamirano y Sarlo, 1980, p. 54)

Veremos cómo se movieron esas fuerzas en la década que analizamos.

Escritora, ensayista y profesora. Magíster en literatura hispanoamericana de la Pontificia Universidad Javeriana. Investigadora en las áreas de literatura infantil y juvenil, así como en procesos de formación lectora. Tiene treinta años de experiencia en el campo con diferentes instituciones.

Ha escrito varias obras de ficción, como *Flores blancas para papá* (SM), *Fígaro* (SM), *El otro Simón* (Planeta), y ha elaborado antologías de cuento y poesía, la más reciente de ellas *Mi primer libro de poesía colombiana* (SM). Cultiva además el género biográfico, en el cual destaca con *Rafael Pombo. La vida de un poeta* (Ediciones B), *Viva la Pola* (Libro al Viento, Idartes) y *María Cano, la virgen roja* (Random House). Igualmente ha escritos textos de investigación en lectura y literatura infantil y juvenil.

Actualmente es asesora del programa Esferas Culturales de Conarte, en Monterrey, México, y dirige el Consultorio Lector, programa de atención personalizada en lectura, escritura y literatura.

CARACTERÍSTICAS GENERALES DEL CONTEXTO

Las cifras

Empecemos por las cifras. De acuerdo con información de la Cámara Colombiana del libro en 2011 se registraron, en el ISBN, 657 títulos de Literatura Infantil y Juvenil (en adelante LIJ) correspondientes al 4,53% del registro total (14.528). En 2020 se reportan, en la misma materia, 886 correspondientes al 4,60% del registro total (19.255). Vemos que la producción de libros de LIJ durante la década se mantiene más o menos igual en cuanto a los números se refiere.

Estímulos y premios

Indudablemente, los premios y estímulos literarios son una oportunidad para que los creadores divulguen su obra y, a la vez, un aporte económico que ayuda a los autores a dedicar más tiempo al trabajo creativo. En el país no hay muchos premios, pero nombraremos los que hay y que han generado algún impacto en la producción. A nivel estatal, en 2011 se abrieron dos estímulos: desde el Ministerio de Cultura, el Premio de Literatura Infantil Libro Álbum Inédito, y desde el Instituto Distrital de las Artes (Idartes), el Premio Nacional de Literatura Infantil Ciudad de Bogotá. En los años siguientes se mantuvieron con ligeras variaciones, como en el caso del premio del ministerio, que amplió su categoría a libro ilustrado y aumentó la edad de los lectores. Desde el ámbito privado, quizás el que más ha influido en el surgimiento de nuevas voces es el del Grupo SM, Premio El Barco de Vapor, creado en Colombia en 2008 y que contó en sus primeros años con el asocio de la Biblioteca Luis Ángel Arango. También está el Premio Norma-OEI –pero este es a nivel latinoamericano–, otorgado en 2019 al colombiano John Fitzgerald Torres con la obra *Lo que una vez hicieron los alienígenas*. Otro galardón que ha impactado de alguna manera la producción nacional ha sido el Premio Iberoamericano SM, en la medida en que los autores premiados tienen un reconocimiento internacional y ayuda a consolidar aún más su trayectoria. En 2014 lo recibió Ivar Da Coll y, en 2020, Yolanda Reyes. Al primero le fue otorgado por “una sólida carrera durante la cual ha creado un original mundo de ficción con personajes entrañables que se mueven en un espacio y tiempo propios”. Y a Reyes por “la versatilidad de su obra, además de que su literatura es profundamente humana pues es espejo-reflejo de su realidad”.

Igualmente, los premios internacionales a editoriales estimulan y ayudan a consolidar su trabajo. Estas son las editoriales premiadas en la Feria del Libro Infantil de Bolonia: en 2014, Rey Naranja recibió el Premio New Horizons por el libro *La chica de polvo*, de la autora coreana Joung Yumi; en 2015, Tragaluz obtuvo una mención de honor por el libro *Mil orejas*, escrito por Pilar Gutiérrez Llano e ilustrado por Samuel Castaño, y en 2017 el premio fue para Babel Libros por *La mujer de la guarda*, de la autora chilena Sara Bertrand, ilustrado por Alejandra Acosta.

Las políticas públicas también inciden en las obras. Lo hacen en la calidad, en las tendencias, en los géneros e, incluso, en privilegiar la edad de los lectores. Es el caso de la incidencia que la Política Pública Nacional de Primera Infancia ha tenido en la producción de libros para los más pequeños. En 2011 se dicta la política De Cero a Siempre, en la que se valora el desarrollo del lenguaje y la capacidad simbólica de los pequeños a través de la literatura y la transmisión de la tradición oral. Otra política que ha impactado, al menos en aumentar el número de lectores al ampliar el acceso, ha sido el Plan Nacional de Lectura y Escritura (PNLE) “Leer

es mi cuento”. Lo ha hecho a través de las compras públicas para dotar las bibliotecas, como de la serie literaria “Leer es mi cuento”. Esta serie divulga cuentos y poemas de autores de todo el mundo, con ilustraciones de diversos creadores; llega a los niños de todo el país y puede además consultarse en la web (<https://mincultura.gov.co/areas/artes/literatura/Paginas/Publicaciones.aspx>). En el marco de este mismo plan de lectura, el Ministerio de Educación Nacional inició el programa de dotación de libros de LIJ para las escuelas públicas, denominado Colección Semilla. Otra iniciativa de carácter público proviene de la Biblioteca Nacional de Colombia, que inició en 2008 la publicación de los *Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*, con el fin de contribuir a la reflexión crítica y a la memoria de obras, autores y géneros de la LIJ colombiana. En 2011 se publicó “Homenaje a Jairo Aníbal Niño” y, en 2012, “Poesía colombiana para niños”.

Continúa el Festival de Libros para Niños y Jóvenes, organizado por la Cámara Colombiana del Libro en alianza con Idartes, el cual se realiza desde el año 2006 en diferentes espacios. En el marco del festival tiene lugar un seminario con invitados internacionales, no solo para abrir la reflexión de la LIJ a diferentes temas o problemas, sino también para ampliar los referentes.

Es de destacar el fortalecimiento de las editoriales independientes, a pesar de las dificultades para sobrevivir económicamente. Estas editoriales han apostado sobre todo a libros de arte, poesía, ilustraciones artísticas, novela gráfica y cómic; o han diseñado líneas editoriales más específicas dedicadas a los lectores más pequeños o a romper fronteras, es decir, a publicar libros que pueden ser leídos por jóvenes o adultos, bajo el supuesto de que el límite entre la literatura juvenil y la literatura para adultos puede ser a veces difuso, pues depende no de la edad, sino de la experiencia lectora.

Aunque la presencia de la LIJ en la escuela es importante, pues para muchos niños se trata del único lugar donde tienen acceso a aquella, es preocupante que muchos de estos libros no se encuentren en las librerías, al ser producidos únicamente para los planes lectores. Esta situación dificulta el acceso en los espacios culturales; por otro lado, se producen libros por prescripción, o sea, libros por encargo de acuerdo con las necesidades de la escuela.

Un logro importante durante este período de análisis fue la creación, en 2017, de la Asociación Colombiana de Literatura Infantil y Juvenil (ACLIJ), que agremia escritores, ilustradores y editores, estimulando la reflexión y el trabajo conjunto. También destacamos la publicación del *Catálogo de derechos LIJ Colombia* en la web (www.lijcolombia.com.co), proyecto del Comité de Libros para Niños y Jóvenes, de la Cámara Colombiana del Libro y de la ACLIJ, que cuenta con el apoyo del Ministerio de Cultura y la Dirección de Literatura del Idartes, de la Secretaría de Cultura de Bogotá. Su objetivo es hacer visible la producción de libros para niños y jóvenes en el país; servir de apoyo a investigadores, docentes y bibliotecarios; acompañar los proyectos colombianos en ferias internacionales y constituirse a la vez en estímulo para los editores.

Las obras

Para la selección de las obras nos guía, en primer lugar, la calidad en la elaboración del código estético, tanto visual como literario; es decir, incluimos aquellas obras que exploran las posibilidades ofrecidas por la literatura como arte, en el manejo de los recursos literarios y en la riqueza de las imágenes de los libros álbum e ilustrados.

También nos guía lo que podríamos denominar *campos semánticos*, un conjunto de libros que se relacionan entre sí y comparten ciertas características, con lo cual se encuentra un número mayor de libros publicados en estos campos seleccionados. Veamos.

El juego como protagonista

El juego es la esencia de la cultura de la niñez. Y eso parece haberlo comprendido la LIJ colombiana en esta última década. Encontramos varios libros que tienen el juego como protagonista, ya sea con la imagen, ya con las palabras; ya sea recopilando juegos tradicionales, ya jugando con el lector, y todos con una gran calidad estética. Esto lo que denota es una mayor comprensión del universo imaginario y emocional de los niños. Haremos un recorrido por los títulos que considero más destacados:

Saltarines, de Olga Cuéllar (Lumen, 2011). Se trata de un libro ingenioso que involucra al lector niño en el juego de saltar la cuerda. A medida que Saltarín, el personaje principal, salta, se van uniendo otros personajes: el perro, el chivo, el mono, el conejo. Es un libro que logra interpretar acertadamente el sentido del juego en los niños pequeños. Hizo parte de la Lista de Honor IBBY (International Board on Books for Young People) en 2015, y de Los Mejores Libros para Niños y Jóvenes, del Banco del Libro de Venezuela, en 2014.

Los direfentes, de Paula Bossio (GatoMalo, 2012). En un juego de extrañeza, la niña, personaje principal de la historia, empieza a ver a cada uno de los que la rodean, en la calle, en la escuela, en el parque, como seres extraños. Obtuvo mención honorífica del Ministerio de Cultura, en la categoría de libro álbum inédito, en 2011.

Los cuadernos del doctor Calamar, de José Andrés Gómez, con ilustraciones de Juan Carlos Restrepo R. (Tragaluz, 2011). Ganador del Programa de Estímulos a la Creación en Literatura Infantil o Juvenil de Medellín en 2010. Reúne cinco cuentos bajo la excusa de unas crónicas escritas por un periodista que fue despedido del periódico, precisamente por escribir cosas insólitas.

Tumaco, de Óscar Pantoja, con ilustraciones de Jim Pluk (Rey Naranja, 2014). La historia se desarrolla en Tumaco, un pueblo muy pobre donde los niños carecen de canchas, guayos y balones. Libro de cómic sin palabras para niños de todas las edades. Fue seleccionado por Fundalectura para hacer parte de la segunda fase del proyecto “Silent Books: From the World to Lampedusa and Back” (“Libros silenciosos: del mundo a Lampedusa y de vuelta”).

Jugar con letras, de Claudia Rueda (SM, 2014). Un pájaro se encuentra un huevo. Lo cuida y de allí sale un cocodrilo. Pájaro y cocodrilo juegan, juegan encima, debajo, cerca, lejos... juegan de muchas maneras y esto se aprecia en las ilustraciones que hace la autora. Dirigido a los más pequeños.

Un conejo es un ciempiés, de Alekos (Norma, 2015). Es un libro para leer y también para jugar, pues los cuentos están narrados a través de palabras que se intercalan con imágenes, y esto permite al lector jugar con los sentidos que sugieren los dibujos, así como con las rimas.

José Tomillo, de Ivar Da Coll (SM, 2015). Alto, flaco y amarillo, José Tomillo es el personaje de esta historia divertida y escrita en verso. Da Coll juega con los



colores y los estados de ánimo del personaje según la situación que este vive. Es un libro dirigido a los lectores más pequeños.

Viernes verdes, de Dipacho (Lumen, 2015). Dice Adolfo Córdova, en *Linternas y bosques*, sobre este libro: “La acumulación de palabras que empiezan con ‘V’ consigue página a página, de manera sencilla y efectiva, aumentar la tensión y divertirnos”. Con este trabajo, Dipacho fue seleccionado para la exposición de ilustradores de la Feria del Libro de Bolonia.

Corre que te pillo, de Pilar Posada, con ilustraciones de Paula Ortiz (SM, 2016). Es un libro que recupera 27 juegos y juguetes de la tradición popular latinoamericana. Invita a jugar en el patio del recreo, en las calles del barrio, en el parque. En esta misma línea de recreación de la poesía de tradición oral, Pilar Posada publicó con la misma editorial el libro *Comadrita la rana*, en 2018. La autora siguió estudiando la tradición oral y en 2020 publicó, con Cataplum Libros, *De los pies a la cabeza*, ilustrado por Juliana Salcedo. Son juegos con el cuerpo para explorar con los más pequeños.

Pies para la princesa, de Ivar Da Coll (Cataplum, 2018). La princesa ha perdido los pies. Para encontrarlos pone un anuncio de prensa. Es un libro lleno de humor, con divertidos juegos de palabras, rima, ritmo y musicalidad.

Diccionario, de Darío Jaramillo, con ilustraciones de PowerPaola (Cataplum, 2018). Un libro que de manera ingeniosa juega con el lenguaje creando animales fantásticos. Las ilustraciones de PowerPaola hacen aún más divertido este derroche de ingenio y confianza en las posibilidades creativas del lenguaje.

La poesía para niños tiene mucho de lúdica y está muy cerca al juego con el lenguaje, sobre todo aquella de tradición oral o que recrea dicha tradición. Durante estos años se publicaron algunos libros que tratan esta temática: *Señor, señora... adivínalo ahora*, de Luis Fernando Macías, con ilustraciones de Michi Peláez (Panamericana, 2015); *Mi primer libro de poesía colombiana*, de Beatriz Helena Robledo, con ilustraciones de Juan Camilo Mayorga (SM, 2015), y *La Luna es un renacuajo y otros poemas para jugar*, de John Fitzgerald Torres, con ilustraciones de Paula Ortiz (Norma, 2020).

Muy cercano al juego está el humor, y este puede abordarse de múltiples maneras. Es reconfortante encontrar algunos libros de humor en este corpus de la década, teniendo en cuenta que ha sido una variante escasa en los libros para niños en nuestro país: *Mi mascota*, de Yolanda Reyes, con ilustraciones Rafael Yockteng (Babel, 2011), trata sobre las diferentes mascotas posibles, reales e imaginarias, con las que sueña un niño, hasta descubrir cuál es la mejor. En *Fantasmas*, Darío Jaramillo (SM, 2013) cuenta con humor e ingenio todo sobre los fantasmas, sus costumbres, sus miedos, sus secretos. *El infiltrado*, de María Inés McCormick (SM, 2013), es una historia policíaca con los ingredientes propios del género, escrita con agilidad y mucho humor.

Presencia de las abuelas y abuelos en la LIJ

La literatura infantil de este decenio parece mirar al niño en su contexto real, lejos de la idealización de otras épocas. Esta afirmación la hacemos al ubicar un buen número de libros que relacionan a los niños y a los jóvenes con sus abuelos. Es difícil saber a ciencia cierta a qué se debe esta presencia de abuelos

en la LIJ actual, pero sí podemos arriesgarnos a hacer algunas preguntas para la reflexión: ¿será que, con la ausencia de los padres y las madres debido al trabajo, los abuelos son quienes acompañan hoy a los niños? Y en este sentido, ¿pasan más tiempo los niños con sus abuelos que con sus padres? Sin tener una respuesta definitiva pasamos a abordar algunos libros en los que se indaga esta relación intergeneracional desde diferentes perspectivas: el afecto, la nostalgia, la complicidad, la memoria o la falta de esta, el legado de los adultos mayores a los niños, entre otras. Veamos:

En la laguna más profunda, de Óscar Collazos (Norma, 2011). Alexandra tiene una especial relación con su abuela. Cuando la visita, van a pasear al bosque, conversan, intercambian confidencias, pero la abuela está cada vez más rara. Una historia que trata con sutileza la enfermedad de Alzheimer.

Matilde y el ladrón de recuerdos, Francisco Leal Quevedo (Loquileo, 2012). Es una historia que considera también el tema del Alzheimer. La abuela de Matilde empieza a olvidar. Un día en pleno centro de la ciudad la abuela se pierde y la familia, desesperada, empieza a buscarla.

Pez quiere ir al mar, de Alejandra Algorta, con ilustraciones de Gerald Espinoza (SM, 2012). Relata la historia de Pez, una niña que, además de tener la particularidad de llevar un pargo en la cabeza, pasa sus días en un asilo con la tía bisabuela Amalia, quien la cuida mientras su mamá trabaja. Explora la relación con los ancianos.

En orden de estatura, de Ricardo Silva Romero (Loquileo, 2016). Leopoldo pierde a su abuela, con quien tenía una cercana relación. Con humor, Silva narra las peripecias del protagonista, que se dedica a recobrar cada uno de los objetos preferidos de la abuela.

El vuelo de Lisa, de Gloria Cecilia Díaz, con ilustraciones de Pati Aguilera (SM, 2016). Explora los miedos que pueden tener una niña y su abuelo. Ambos han sufrido experiencias traumáticas y eso los acerca. De nuevo, Gloria Cecilia demuestra su capacidad poética para contar las historias de la vida cotidiana y ahondar en los sentimientos de los personajes.

El perfume del viento, de Triunfo Arciniegas, con ilustraciones de Juan Camilo Mayorga (Loquileo, 2018). Muestra la relación entre un niño y un anciano, en un parque que ambos visitan. Es un libro poético, nostálgico y conmovedor.

La conciencia del tiempo

Encontramos para lectores jóvenes algunos libros que tratan sobre el paso del tiempo, el papel de la memoria y los recuerdos, con algunos matices de nostalgia, lo que es de alguna manera novedoso en la LIJ colombiana. Son libros que desdibujan las fronteras de los lectores y se abren a múltiples posibilidades de interpretación.

La memoria es un tema recurrente en las novelas de la escritora bogotana Helena Iriarte. Dos novelas editadas por Babel Libros, en su colección Frontera, abordan el paso del tiempo, los recuerdos, como la mejor manera de mantenerse con vida: *El llamado del silencio* (2013), donde Adelaida deja su casa para subirse a un tren y desde allí recuperar su vida, y *Bajo una luz más clara*



(2012), una historia en la que su protagonista entabla diálogo con sus muertos y así recrea su infancia y su adolescencia buscando recuperar el deseo del vivir. Es un viaje al pasado escrito en el lenguaje poético que caracteriza la escritura de Iriarte.

El tiempo de mi casa, de Samuel Castaño (Tragaluz, 2016). Es un libro álbum cuyo texto e ilustraciones son del mismo autor, quien explora el tiempo y la relación que los habitantes de su casa tienen con este. A partir de una anécdota, “la familia, los objetos, el paso del tiempo y la muerte son los ingredientes de este hermoso libro” (Baena, 2017, p. 227).

El edificio, de Jairo Buitrago, con ilustraciones de Daniel Rabanal (Babel, 2014). Mediante las detalladas ilustraciones podemos apreciar la Bogotá de antaño. El edificio es testigo del paso del tiempo a través del personaje de Lenin, quien llega a vivir allí. Narración sutil, frases cortas dando paso a las ilustraciones que cuentan la historia. En 2014 este libro ganó la convocatoria Crea Digital 2014.

Adiós, de Candelario Obeso, con ilustraciones de Juan Camilo Mayorga (Catalplum, 2017). La nostalgia lleva al poeta a comparar lo que le gusta de su tierra con lo que vive lejos de ella. Ganó en 2016 la beca del Ministerio de Cultura para la publicación de libro ilustrado.

Un día, la lluvia..., de Roberto Sánchez Cajicá (GatoMalo, 2017). Aquí el paso del tiempo se siente al dibujar la lluvia. Libro sin palabras que recrea lo que pasa en la calle un día de lluvia.

Tradición oral, leyendas y mitos

Una clara intención de hacer que los niños lectores sean partícipes de la tradición oral colombiana, así como de la cosmovisión de comunidades indígenas y afroamericanas, se puede evidenciar en una serie de casi veinte libros que trataron estos temas en la pasada década:

La casa de Elisa, de Nora Cecilia Navas, con ilustraciones de Jairo Buitrago (Norma, 2012). Elisa vive en la costa Pacífica colombiana, en una casa sobre el agua. Allí se reúnen los amigos a escuchar las historias de la abuela, leyendas de espantos y aparecidos.

Espantopedia es el nombre que La Silueta Editores le da a la colección de mitos y leyendas reinterpretados por varios autores e ilustrados también por diferentes artistas. En formato cuadrado, pequeño, imitando un fanzine, con encuadernación cosida al lomo, encontramos los siguientes títulos: *La Madremonte*, de Enrique Lozano, con ilustraciones PowerPaola (2012); *La Llorona*, de Humberto Junca, con ilustraciones de María Isabel Rueda (2013); *Mohán, el mito*, con texto e ilustraciones de Inu Waters (2013); *El Silbón*, de Andrés Ospina, con ilustraciones de Typozon (2016); *Karagabí*, mito sobre los orígenes del agua narrado por los emberá katíos del Alto Sinú, con ilustraciones de Typozon (2016).

El Mohán, de María Inés McCormik, con ilustraciones de Paula Ortiz. (SM, 2012). Trata de la desaparición de dos niños que van río arriba en una tarde de tormenta. Los hombres salen a buscarlos, las mujeres se quedan en casa. Mientras esperan, ellas relatan diversas historias sobre el Mohán, su origen, costumbres, virtudes y defectos.

La Llorona, de Triunfo Arciniegas, con ilustraciones de Paula Ortiz. (SM, 2013) Es la misma leyenda de la Llorona pero recreada en el contexto cotidiano de una familia actual. En el colegio, Fernando, el niño protagonista, oye hablar sobre este espectro y se llena de miedo durante el camino de regreso a casa.

La voz de los hermanos mayores, de Clarisa Ruiz, con ilustraciones de Alekos (SM, 2014). Un diccionario ilustrado de americanismos y otras palabras, elegidos según la preferencia de la autora, acompañados de un texto literario que guarda relación.

En la línea de tradición oral, la Editorial Norma ha publicado desde 2016 diferentes títulos de narraciones indígenas, organizados según los lugares geográficos que habitan las comunidades: *Narraciones indígenas de la sierra*, compilado por Addy Martínez (2016); *Narraciones indígenas de la selva*, de Juan Kuiru Náforo, con ilustraciones de Sabina Londoño (2017); *Narraciones indígenas del desierto*, de Ezequiel Prieto (2018), y *Narraciones indígenas del río grande*, de Francisco Ahué Coello, con ilustraciones de María Emilia Montes y Pablo Quiroga (2020).

Karandiru, de Rammses Moctezuma, con ilustraciones de Elizabeth Builes (SM, 2016). Es la historia de una niña que tiene el don de encontrar agua para su tribu y para los animales. A través de las ilustraciones nos adentramos en las sabanas africanas.

Mitos del nuevo mundo, de Nicolás Buenaventura, con ilustraciones Dipacho (SM, 2016). Reelaboración de diferentes mitos indígenas, en una versión donde este narrador retoma el origen del maíz, del sol y la luna. Destacan las coloridas ilustraciones, llenas de humor, de Dipacho.

La vuelta al mundo en 25 mitos, de Diana Uribe (Random House, 2016). Es una invitación a viajar por el mundo a través de la mitología. Remite a los antepasados que se sentaban a relatar historias alrededor del fuego. El libro contiene textos de corte informativo y va acompañado de dos CD con la voz de Diana Uribe.

Cuando el mundo era así, de Triunfo Arciniegas, con ilustraciones de Álvaro Sánchez (Cataplum, 2017). Se trata de una reelaboración de cuentos picarescos de la tradición latinoamericana, como los del tío tigre, el tío conejo, el tío coyote y el tío zorro, escritos con el humor característico de Arciniegas.

Ceiba, de Ángela Cuartas Villalobos (SM, 2017). Cuenta la historia de Lara, una niña de nueve años que vive con su familia en la selva, y la relación que tiene con su perrita Lima. Recrea el mundo de las comunidades indígenas en contacto estrecho con la naturaleza.

Beru, la mariposa azul, de Sarita Kendall, con ilustraciones de Elizabeth Builes (Norma, 2017). Omaira es abandonada en una balsa y crece con los ticunas. El lector conoce, a través de la aventura de Omaira, algunas costumbres de las comunidades indígenas del Amazonas.

El árbol de la vida, de Clarisa Ruiz, con ilustraciones de Ramón París (SM, 2018). A través de Martina, la niña protagonista de esta historia, en un viaje a la selva, conocemos el relato de Moniya Amena o el árbol de la vida.

Cuentos de la tía Anancy, de Ignacio Barrera Kelly, con ilustraciones de Julián Ariza (Norma, 2020). Recoge historias de la tradición oral africana donde la protagonista es la tía Anancy. Este personaje hace parte de la cultura del archipiélago de San Andrés y Providencia.

Guerra, violencia social y política, migración

Los niños están inmersos en la realidad violenta de los adultos. La LIJ colombiana se ha decidido por fin a mirar de cerca cómo esta violencia los afecta. Vemos así que, en los últimos diez años, han ido surgiendo obras que observan sentimientos, vivencias, conflictos, secuelas de estos entornos violentos a los que están expuestos los niños.

La muda, de Francisco Montaña, con ilustraciones de Daniel Rabanal (segunda edición, Loqueleo, 2017). Es una historia dura y realista que narra la vida de una niña y su hermano, quienes viven sometidos a la tiranía de una abuela desalmada. Fue escogido como uno de los mejores libros en 2011 por el Banco del Libro de Venezuela, y reeditado por Loqueleo en 2017. Montaña vuelve a incursionar en el tema de la violencia, pero esta vez no es la violencia doméstica sino política, y lo hace con la novela *El gato y la madeja perdida* (Loqueleo, 2013). A través de la vida de Ana María, una adolescente de quince años, hace visible un tema que ha estado callado en la historia nacional: el asesinato de los líderes de la Unión Patriótica. Desde la mirada de Ana María, Montaña explora y denuncia la realidad social y política del país en los años ochenta.

La luna en los almendros, de Gerardo Meneses (SM, 2012). Este libro fue ganador del Premio El Barco de Vapor - Biblioteca Luis Ángel Arango en 2011. Según el jurado calificador, “el libro aborda un tema difícil de la realidad colombiana actual con fina sensibilidad, sin retórica ni excesos dramáticos [...]”. Meneses vuelve a incursionar en el tema del conflicto armado con la novela *Bajo la luna de mayo* (Norma, 2016), o la cruda historia de Claudia, una niña de doce años que es secuestrada y llevada al campamento para participar en un rito macabro de casamiento.

Una isla llamada Luna, de Manuel Iván Urbina (Panamericana, 2012). Considera la situación de los niños víctimas del desplazamiento forzado a causa del conflicto interno. Urbina fue ganador del Concurso Nacional de Cuento Infantil Comfamiliar Atlántico 2008-2009, usando el seudónimo Kuisukia.

El árbol triste, de Triunfo Arciniegas, con ilustraciones de Diego Álvarez (SM, 2013). De manera metafórica, el autor muestra las secuelas que deja el desplazamiento debido a la guerra. Los personajes principales son tres pájaros, que pueden simbolizar a aquellos que se ven forzados a partir. Es un libro poético lleno de resonancias para el lector.

Tengo miedo, de Ivar Da Coll (segunda edición, Babel, 2013). Esta nueva versión transforma totalmente un libro que exploraba los miedos nocturnos de Eusebio. Ahora son verdaderas pesadillas que traen el eco de la dura realidad vivida por el país: guerra, desplazamientos, migración, violencia.

Los Once, de Miguel Jiménez, Andrés Cruz Barrera y José Luis Jiménez (Laguna, 2014). Es una novela gráfica que relata lo ocurrido durante la toma del Palacio de Justicia por el M-19. El lector se entera de lo que ocurre dentro del

edificio, a la vez que sigue la angustia de la familia de uno de los desaparecidos. Aunque el tema es duro, su tratamiento apela a un lector juvenil.

Antología nocturna, de Julio Paredes (Babel, 2013). Cuentos cargados de soledad, muerte, enfermedad. Una sombría realidad aborda a los personajes de estas piezas escritas con la maestría de Paredes, recientemente fallecido.

Caminos condenados, de Diana Ojeda y Pablo Guerra, con ilustraciones de Camilo Aguirre y Henry Díaz (Cohete Cómic, 2016). Es un cómic que narra las dificultades y diversas formas de despojo y desalojo de la comunidad de Montes de María. Este libro se creó a partir de una investigación de campo hecha por la geógrafa Diana Ojeda.

Era como mi sombra, de Pilar Lozano (SM, 2015). Julián, un niño campesino protagonista de esta historia, cuenta cómo se vinculó con la guerrilla. Él no es más que el reflejo de lo que pasa en el campo colombiano con los niños y jóvenes que terminan involucrados en el conflicto armado por falta de oportunidades. Esta novela hizo parte del catálogo *The White Ravens* en 2016¹.

Tanta sangre vista, de Rafael Baena, adaptación de Óscar Pantoja, con ilustraciones de Juan Gaviria (Rey Naranjo, 2015). Novela gráfica que narra la vida de una familia marcada por la guerra. La adaptación conserva las escenas más importantes de la novela manteniendo la coherencia de la historia.

La niebla no pudo ocultarlo, de Albeiro Echavarría (Loqueleo, 2016). Narra cómo Leopoldo y su amigo Nelson, dos adolescentes, son testigos de un crimen horrible cometido cerca de su casa. Es una trama bien construida, mezclada con las historias de otros personajes que hacen parte de la familia.

¡Benkos! Héroe de La Matuna, de Iván González (Magisterio, 2016). Historia novelada de la rebelión de Benkos, esclavo negro, que tuvo como desenlace el surgimiento de San Basilio de Palenque.

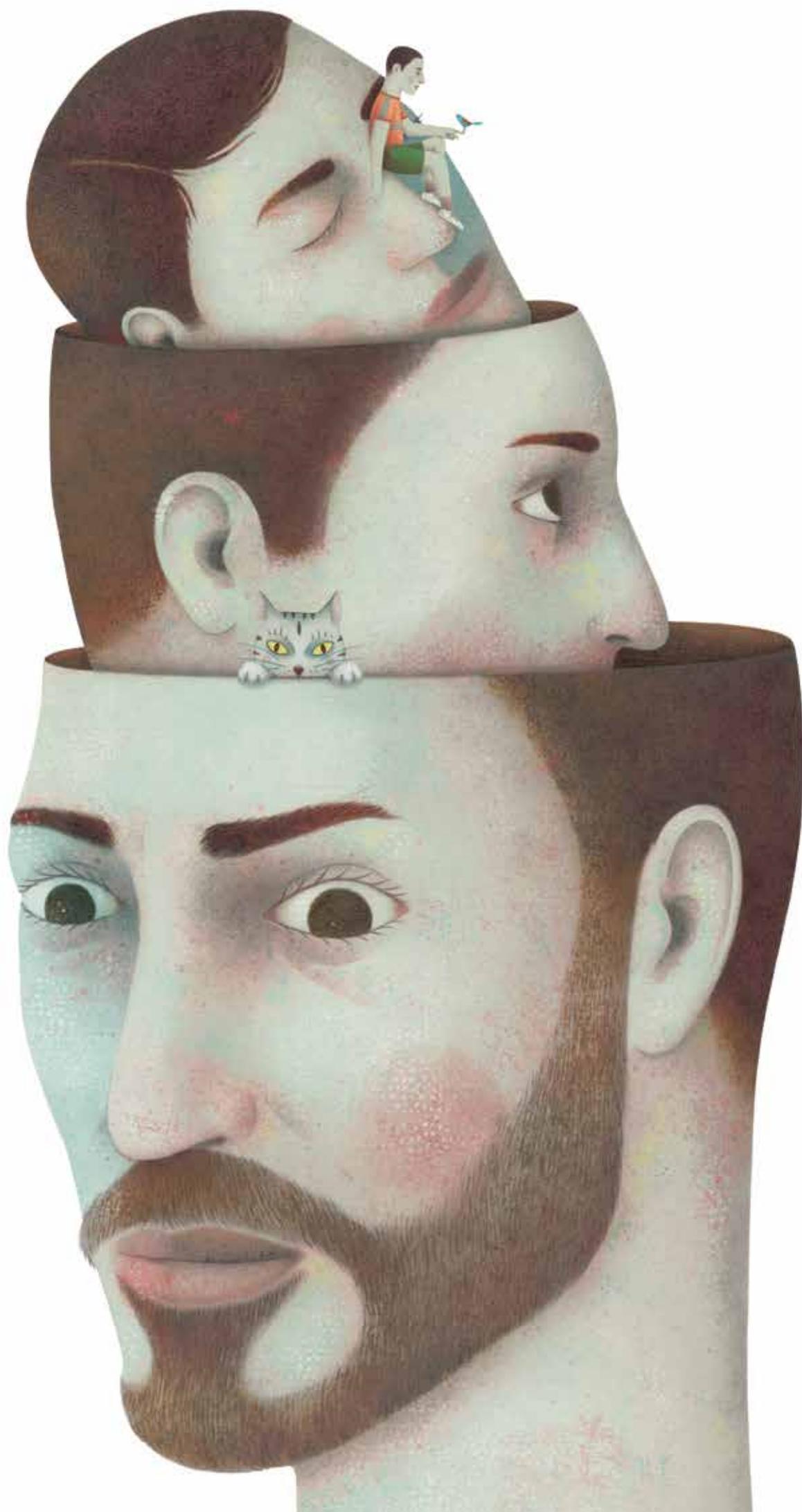
El abuelo rojo, de Isaías Romero Pacheco (SM, 2017). Ganadora del Premio El Barco de Vapor 2016. Es la historia de Brahim, un viejo tipógrafo hijo de inmigrantes libaneses que le cuenta a su nieta Mariana acerca de Jorge Eliécer Gaitán, cuya muerte desata el llamado Bogotazo, el 9 de abril de 1948.

Retrato de niños con bayonetas, de Jairo Buitrago (Panamericana, 2017). Relata lo que les pasa a tres niños combatientes en la guerra de los Mil Días, visto desde el presente, a través de una fotografía en sepia comentada en clase por una maestra y sus alumnos. Se mezcla aquí el tema de la guerra y sus consecuencias en los niños, pero desde una perspectiva histórica.

Los irlandeses, de Jairo Buitrago, con ilustraciones de Santiago Guevara (Babel, 2017). El protagonista es un joven soldado que se extravía en el páramo en plena guerra de Independencia. Un libro poético y conmovedor. La guerra desde la perspectiva de un niño llanero.

Antonia va al río, de Dipacho (Cataplum, 2019). Un libro sobre el desplazamiento de varios migrantes que se ven en la necesidad de huir. Al narrar con imágenes sugerentes, llenas de color y expresividad, Dipacho involucra al lector en la tragedia que viven hoy en día tantas personas. Es un libro que apela a lectores de todas las edades.

1. *The White Ravens* es la lista anual de libros que, por su calidad y originalidad, son seleccionados para el catálogo de la Internationale Jugendbibliothek (Biblioteca Juvenil Internacional) de Múnich, Alemania.



PARA FINALIZAR

Al analizar el corpus de esta década, podemos esbozar algunas características generales para la producción bibliográfica de LIJ. Una es la presencia más decidida, y con obras de calidad, de los ilustradores en diálogo con los escritores, lo que va construyendo un camino poco explorado en nuestro país, como lo es el del libro álbum, que está mostrando nuevas voces y estilos. También se evidencia un crecimiento del cómic y la novela gráfica. Gracias a una decisión de la Corte Constitucional, desde 2013, “las novelas gráficas que se produzcan en Colombia contarán con los demás beneficios de ley, y de impuestos, que el resto de la producción literaria nacional” (La Rotta, 2013). Esto significó eliminar el IVA a estos géneros e impulsó su producción. Algo alentador es la diversificación de los temas tratados en la narrativa infantil y juvenil, lo que evidencia una mejor comprensión del niño como lector y de la cultura de la niñez. En estos diez años, las obras de LIJ recrearon la vida de los niños en todos sus matices: relaciones familiares, escuela, naturaleza, aventuras, conflictos generados por la violencia, emocionalidad, etc. Es de resaltar una mayor presencia del universo y la cultura indígenas. Vemos una recuperación y recreación de mitos y leyendas indígenas, lo mismo que de algunas manifestaciones de la cultura afrocolombiana, lo que denota reconocimiento y valoración de un mundo que durante tantos años los colombianos olvidamos. Vemos una mayor comprensión de la función estética en la LIJ, es decir, se aborda la obra desde los recursos propiamente literarios. De esta manera encontramos algunas novelas con personajes caracterizados, con atmósferas ricas y bien pintadas, con una trama elaborada, con buen ritmo, en fin, recursos todos propios del arte literario. O libros álbum donde lo que se pone en juego es la expresión artística tanto plástica como literaria, se cuida la relación dialógica entre texto e imagen, o se maneja el ritmo del relato. Sin embargo, sigue habiendo en algunas obras la intención de dejar mensajes moralistas, pedagógicos y hasta ecologistas. Sería interesante preguntarnos a qué se debe esta persistencia en la instrumentalización de la LIJ, ¿serán presiones del mercado?, ¿o tendrá que ver la escuela a través de las exigencias de los planes lectores? Hay sin duda una debilidad en la producción de libros informativos. Estos no solo brillaron por su ausencia en la década, sino que se tergiversó su función, al ser confundidos con libros de texto escolares. Los libros informativos tienen como fin ampliar los conocimientos de los niños lectores y ayudar a resolver sus preguntas auténticas.

Quedan por fuera muchos libros y autores, lo cual es inevitable, pues no se trataba de entregar un listado exhaustivo –ni esto era posible–, sino de ofrecer al público una mirada general de lo que ocurrió en esta última década con la LIJ en Colombia. Lo que quisimos fue dar cuenta de algunas tendencias y relaciones que pueden inspirar nuevas aproximaciones. ■

REFERENCIAS

- Altamirano, C. y Sarlo, B. (1980). *Conceptos de sociología literaria*. Centro Editor de América Latina.
- Baena, V. (2017). La literatura infantil y juvenil colombiana, 2014-2016. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, 51(92), 228-232.
- La Rotta, S. (13 de marzo, 2013). Cómics, con vía libre. *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/el-magazin-cultural/comics-con-via-libre-article-410182/>